

90 minutos en Entebbe

**Operación Rayo:
un rescate de precisión increíble**

William Stevenson y Uri Dan

90 minutos en Entebbe

Operación Rayo: un rescate de precisión increíble

©William Stevenson

©Uri Dan

Editorial Cosmos SA

Oquendo 23, Madrid España

ISBN 9781538051368

Ediciones LAVP

Sin autorización escrita del editor no se podrá reproducir no total, ni parcialmente esta obra por ninguno de los medios usuales de distribución y comercialización de libros en formatos físicos, reprográficos, electrónicos, de video, de audio o electromecánicos. Hecho el depósito de ley.

INDICE

Introducción	7
1. ¿Dónde está el vuelo 139?	13
2. Un dictador africano se hace cargo de la situación	23
3. El terrorismo y los regímenes demenciales	29
4. Las oposiciones	32
5. ¿Dónde demonios queda Uganda?	41
6. El ultimátum	48
7. La vía A: ¿Una nueva rendición?	53
8. Cambio a vía B: Ataque	65
9. El doctor Hadad, planeador del terror	73
10. Se filtra la información	85
11. Amín el títere de la OLP	100
12. El estado mayor examina la vía B	107
13. Los invisibles	112
14. La noche del ensayo general	123
15. Se reúnen los hippos	141
16. Operación Rayo: ¡Adelante!	147
17. En el Africa	156
18. “¡Han herido a Yonni!”	163
19. Desaparece Dora Bloch	171
20. ¡Reabastecerse en Nairobi!	175
21. Idi recibe la noticia desde Tel Aviv	182
22. “Estoy triste por ti, hermano Jonathan”	189
Extracto del acta taquigráfica	209

“Si en alguna ocasión Israel hubiera fracasado en su empeño de proteger lo que posee, Israel misma hubiera dejado de tener sentido. Hemos sido forzados a una defensa agresiva y el riesgo es cada día mayor.

Al final, quizá tengamos que optar por una acción que pudiera echar por tierra el propio Templo de la Humanidad, antes que abandonar a los verdugos, aunque tan sólo sea a un simple miembro de la familia.

La supervivencia en otras condiciones, no sería realmente supervivencia. Y todos nosotros, cualquiera que sea nuestra raza, no seríamos dignos, ni de lamentarnos, si vendiéramos nuestras vidas al precio de nuestras conciencias”

Yerucham Amitai, Jefe del Alto Estado Mayor de las Fuerzas Aéreas Israelíes.

Extraído de una conversación con William Stevenson, mientras sobrevolaban el Templo de Salomón.

Marzo 1970.

Introducción

Durante la primera hora del domingo 4 de julio de 1976, una partida de rescate escapó del corazón del África con más de cien secuestrados retenidos por un dictador negro. En la Operación Rayo se habían recorrido cuatro mil kilómetros con comandos aéreos y se había empeñado una espectacular batalla de noventa minutos contra el terrorismo internacional.

En Washington, cuando los norteamericanos empezaban a celebrar el bicentenario de su declaración de independencia del dominio británico, las noticias llegaron primero a través de los poderosos oídos electrónicos de la Agencia de Seguridad Nacional, que interceptó tensas conversaciones radiofónicas entre las tropas israelíes que luchaban en Uganda, una de las últimas colonias británicas en obtener su independencia.

Los mensajes en hebreo se cruzaban entre jeeps armados, carros de infantería, cuatro gigantescos aviones Hércules de transporte, dos Boeing-707 y un Mercedes Benz negro que parecía pertenecer al presidente Idi Amin Dada, a veces conocido con humor negro como el “Gran Papá”. El Mercedes Benz no era de él. Uno de los 707 transportaba al jefe de la Fuerza Aérea israelí y a toda la plana mayor de una de las unidades, y sobrevolaba la zona a una altura de ocho mil metros.

No todo esto resultó evidente de inmediato en Washington. Uganda debe haber parecido tan remota como la Luna a los traduc-

tores de la NSA; y por cierto que ese estado africano es más conocido por sus famosas Montañas de la Luna que por su nula importancia en la política internacional. Pero los informes que le llegaron al secretario de Estado, Henry Kissinger, tenían sentido. Minutos antes se le había advertido que un grupo israelí de intervención a larga distancia, de unos quinientos soldados y pilotos, había pasado por el Mar Rojo, evitando los puestos de radar levantados por los rusos; había volado entre hostiles estados árabes y cruzado parte de África para superar el valle de Rift y llegar a Entebbe.

Israel esperó hasta el último minuto para comunicar a los Estados Unidos la noticia de esta operación militar sin precedentes. Un pequeño grupo de hombres en Jerusalén soportó una tremenda carga de responsabilidad durante una semana, en que había enfrentado una crisis que debiera haberle conseguido el apoyo de otros gobiernos, pero no lo logró; una crisis para la que no había respuestas disponibles, ninguna experiencia previa de la que aprender algo y ninguna solución perfecta.

Los embajadores de Israel informaron a Kissinger y a los demás ministros de Relaciones Exteriores, a fin de prevenir cualquier reacción militar de alarma. Hicieron sus revelaciones en respuesta a un único mensaje en código transmitido desde Jerusalén a las capitales del mundo y demorado a fin de que ningún gobierno extranjero tuviera tiempo de protestar o interferir.

La crisis a la que se enfrentó a solas Israel revivió amargos recuerdos de otras tragedias en que los judíos quedaran abandonados a su suerte. Al reconstruir los acontecimientos que llevaron a esos noventa minutos en Entebbe, los israelíes no me confesaron haber sido abrumados por los recuerdos del Holocausto, los po-

groms o las inquisiciones. Ni uno solo de los soldados, pilotos, políticos y estadistas hizo una analogía. Los hechos hablaron por sí mismos. Cuando me senté con el jefe del Gobierno Yitzhak Rabin en su despacho de Jerusalén, por ejemplo, no hubo la menor huella de auto-conmiseración en su narración de los días anteriores de dolorosa búsqueda interior. No hubo reproches.

Cuando el ministro de Defensa, Shimon Peres, recordó los intentos desesperados para ganarse la ayuda internacional, no emitió juicios. Cuando el jefe del Estado Mayor, general Mordechai Gur, súbitamente hundió la cabeza entre los brazos en un breve lapso de fatiga, simplemente se trató del gesto de un hombre que expresaba su alivio de que los judíos aún contaran con un protector insobornable: el Estado de Israel.

Y para esto sirvió la Operación Rayo: probó que Israel tiene la más poderosa de las razones para existir. Sin Israel, los rehenes de Entebbe hubieran muerto o se hubieran convertido en títeres de un nuevo tipo de guerra de guerrillas cuyo objetivo es la destrucción de la decencia. Y los rehenes eran judíos, por lo que, oficialmente, ningún otro gobierno deseaba salvarlos por medio de la acción militar.

Sin embargo, la Operación Rayo marca un cambio radical en la reacción del mundo libre ante las nuevas técnicas del terror. Durante años, nos hemos visto condicionados por la extorsión y la anarquía, de modo que el secuestro de un avión de Air France que volaba de Atenas a París pareció casi una rutina. El número 139 despegó de Tel Aviv la mañana del domingo 27 de junio.

En ese momento, los hombres que pasarían el resto de la semana siguiente en una insomne batalla de ingenio se dedicaban a

sus actividades de la manera menos conspicua. Algunos eran soldados con tareas civiles; pilotos que también eran estudiantes universitarios; políticos con afición a la filosofía o a la arqueología. Sé que un hombre que mató a un terrorista en Entebbe, había estado discutiendo ese domingo de escultura con un viejo amigo del colegio en la colonia de artistas de Safed.

El vuelo 139 por un tiempo desapareció del mapa y de las mentes de la mayoría de los lectores de periódicos, salvo por quienes tenían parientes a bordo y por los israelíes, quienes presintieron otro desafío más a su derecho a la existencia. Sin embargo, el vuelo 139 fue importante para quienes no somos judíos pero compartimos con ellos los mismos valores.

Hubo muchos aspectos extraños en la historia del vuelo 139. Los terroristas que llevaron a cabo el secuestro estaban ejecutando un plan cuidadosamente concebido. Contaban con el respaldo del presidente de la República de Uganda, siendo ésta la primera vez que una nación contemporánea y su dirigente máximo se convirtieron en protectores y voceros de los piratas y extorsionadores políticos. Estaban apoyados por una organización terrorista internacional cuyo cuartel general había sido localizado en el vecino territorio de Somalia, el estratégico aliado de la Unión Soviética en África. Declararon la guerra, en todo sentido, contra Kenia, nación que ha resistido con determinación a los agentes del bloque soviético y de China.

Los terroristas estaban dirigidos por un hombre y una mujer, dos alemanes cuya conducta recordó la de los nazis; por lo menos a uno de los rehenes, que aún tenía los números tatuados de un campo de concentración. El nombre del Chacal, un asesino con